



CS

—

PK

CD

CARLOS SISÍ

minotauro

CARLOS SISÍ

GRIS

minotauro

Gris

© Carlos Sisí, 2024

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1693-0
Depósito legal: B. 855-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Capítulo 1

Außerirdische

Todo cuanto se veía hasta donde alcanzaba la vista era polvo, de tal manera que hasta las plantas ralas que languidecían entre los edificios medio derruidos parecían esculturas de arenisca vieja.

Solía llover a menudo en esas latitudes de Bélgica, sobre todo en aquella época del año, pero habían transcurrido varias semanas desde que el cielo se abriera por última vez. Todo aquel polvo que se pegaba a las botas, a los uniformes, al casco y a las grietas de las palmas de las manos venía de las ruinas. El lugar había sido ampliamente devastado por las explosiones y el fragor de la guerra, y eso generaba polvo de cemento, polvo de ladrillo, de astillas de madera, de madera de vigas, de postes, de lo que no hacía tanto habían sido hogares de familias alemanas, refugiados de otras nacionalidades, exiliados políticos, un confuso y exagerado arcoíris de más de setenta nacionalidades diferentes.

Todo eso era polvo.

Clive Herrington sabía del polvo. Era británico, desde luego, Dios salve a la Reina, pero se había criado en Arizona y las tormentas de polvo no le eran desconocidas. Los paisajes secos, despejados y áridos, tampoco. Estaba acostumbrado a sentir arenilla en la boca, estaba familiarizado con el pesado proceso de respirarlo y no pocas veces lo había tosido durante los días cálidos y las noches templadas, pero aun así estaba saturado del ambiente gris que todo lo homogenizaba. Y hacía que el barboquejo del casco le raspaba el cuello. De hecho, en aquel

momento miraba al cielo esperando ver nubes, nubes inglesas preñadas de lluvia, o incluso nubes belgas, grandes y oscuras, apareciendo por alguna parte. Deseaba con verdadera intensidad volver a sentir el rostro limpio y despejado, las botas limpias, el suelo y el aire húmedos.

Su compañero de fatigas, Henry Fletcher, lo sacó de sus cavilaciones.

—Bueno, Clive, muchacho —dijo mientras se volvía, con su remarcado acento de Ohio—, parece que yo tenía razón.

Clive se ajustó la correa de su fusil soltando un bufido. Detestaba que lo llamara *muchacho*, quizá y precisamente debido a su juventud, pero también se sentía molesto cuando Henry terminaba por tener razón, especialmente después de una disputa.

—Está bien —soltó—. ¿A qué te refieres, exactamente?

—Ya lo sabes —exclamó Henry mientras le tendía los binoculares. Se habían hecho con unos M3 a los que llamaban los *Seis Por Treinta*, porque contaban con un aumento de seis y un diámetro de lente de treinta milímetros, ligeros y compactos, y Henry había estado oteando la distancia desde su posición en el suelo, entre los escombros.

—Cuéntame qué has visto —protestó Clive aún con cierto fastidio. Sabía demasiado bien que su colega de Ohio no vería gran cosa a esas horas del día, sobre todo no a tanta distancia.

Henry sonrió vagamente, pero con un fondo de amargura. No tenía buenas noticias.

—Oficialmente —dijo—, estamos detrás de las líneas enemigas. Clive sacudió la cabeza.

—¡Que no puede ser! —chilló—. ¡No es posible!

—Echa un vistazo, hombretón —dijo Henry mientras se recostaba en el suelo para descansar la cabeza y el cuello. Últimamente, el cuello le dolía bastante cuando lo sometía a esfuerzos, en especial en un área de observación como aquella.

Pero Clive sabía que no necesitaba echar un vistazo. Algo en el tono de voz de su colega le decía que estaba más que seguro de lo que decía.

—¿Qué has... visto? —graznó. Tenía la garganta seca y la cantimplora prácticamente vacía.

—Casos negros, hombretón. Infantería..., cincuenta hombres o más. *Kartoffen* moviéndose por el linde del bosque, y no precisamente

corriendo. Están tan relajados que parecía que van a un baile. Un StuG. Al menos tres 251 aparcados.

—Vale —dijo Clive, rindiéndose.

Se rascó la frente sucia con la mano mugrienta, pensativo y fastidiado, dejando una mancha oscura.

—¿Cómo... cómo ha ocurrido? —preguntó en voz baja, la voz encogida por un deje de amargura.

Henry se encogió de hombros mientras empezaba a revisar su M1. El condenado se había atascado un par de veces en los últimos días y sabía que no tardaría demasiado en necesitarlo.

—Vete a saber —soltó—. Quizá nos hemos despistado...

—No nos hemos despistado —se apresuró a decir Clive con rotundidad.

—Puede que sí, hombre —admitió Henry—. Puede que sí. Los últimos días han sido una locura. Hemos corrido hacia un lado y luego al otro... Hemos perdido y recuperado la misma posición como... ¿una docena de veces, quizá?

—Una docena de veces —admitió Clive mientras se movía el casco sobre la cabeza, sin quitárselo, para asentarlos y que la cabellera respirara un poco.

—Llevamos en este condenado sitio unos diez días. Es como si toda la maldita guerra se desarrollara aquí. Aquí mismo, quiero decir. ¿Qué decían los mandos? —preguntó pensativo, más para sí mismo que para su compañero.

—Después de Caen, está todo hecho... —susurró Clive.

—Exacto. Eso es. ¡Eso mismo! Después de Caen... está todo hecho. Pero aquí estamos. Dando vueltas a Aquisgrán. Te dije que esos nazis no iban a soltar su primera ciudad tan fácilmente. ¿Te lo dije o no, Clive?

—Lo dijiste —confirmó Clive en voz baja. El desánimo empezaba a apoderarse de él. Estaba cansado, estaba agotado. Necesitaba dormir un poco, necesitaba comer algo caliente, quitarse las botas y hasta los calcetines. Dios, estaba harto de aquellos calcetines de campaña. Si pudiera, cavaría un agujero, los metería dentro y no miraría nunca atrás.

—Todos lo dijimos —dijo Henry, ahora visiblemente molesto—. Hasta Tom lo dijo. ¿Qué sabe Tom de... casi nada? No distinguiría

su pala de un cernícalo aunque estuviera picándole la puñetera nariz. Pues Tom lo sabía. «No va a ser fácil», es lo que dijo. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo Henry mientras miraba al suelo.

—Pues claro. Y eso es lo que ha pasado. Todas esas... puñeteras calles, los nidos, tantas ventanas, recovecos... Un día terminas el trabajo y dices: vale, ya está, hasta aquí es nuestro. ¿Ves todo esto? Pues es suelo americano, no más esa mierda nazi. Hasta podemos poner una bandera y llamarlo Nuevo Sacramento, o Albuquerque, porque esto empieza a parecer un desierto. Pero al día siguiente te levantas, echas una meada y Albuquerque es otra vez Berlín, y la bandera la han usado para envolver remolacha, y otra vez a repetir lo mismo...

Clive soltó un sonoro bufido.

—Bueno —dijo—. Está bien. ¡Está bien! Nos han envuelto y nos han dejado tirados. Está claro. ¿Cómo vamos a volver con los demás? Henry miró al cielo.

—No haremos nada hoy —respondió el hombre de Ohio—. Por mucho que pronto sea de noche. No tiene sentido. Dos hombres solos en medio de vete a saber qué. Tenemos que movernos, flanquearlos —añadió, levantando la cabeza para mirar a uno y otro lado—. Tal vez por...

Clive negó con vehemencia, moviendo la cabeza con rapidez.

—Negativo —soltó—. No vamos a flanquearlos. Han hecho un emparedado con nosotros, Henry. Ellos nos han flanqueado, no nosotros. Y ahora no sabemos qué hay alrededor. No tenemos ni idea. No sabemos qué hay por allí ni... ni qué hay por allí. Ya casi puedo oír las cadenas de sus Panzer y esos... ladridos espantosos con los que hablan. Si nos movemos, seremos dos patos sentados a tiro.

Henry suspiró.

—Es lo que hay —dijo.

—Bueno —se apresuró a decir Clive—. Puede que estés harto y quieras que te metan una bala en la espalda, y quizá prefieras avanzar porque... es lo que hay. Pero yo pienso volver a casa. No voy a apresurarme ahora. Vamos a buscar un sitio donde escondernos. Y cuando mañana los chicos vuelvan a dar guerra. Bueno, quién sabe. Igual Berlín vuelve a ser Albuquerque y podemos reunirnos otra vez.

Henry asintió pensativo.

—Punto de reunión, ¿eh?

—Esperamos al punto de reunión —confirmó Clive.

—Bueno —soltó Henry despacio—. Me parece bien. Un buen plan, como cualquier otro. Oye.... Yo que sé. Puede que esté cansado, realmente.

—Pues recupérate, hombre —exclamó Clive.

Henry miró su fusil. El cerrojo. El pistón. El cargador de gas. Le preocupaba que aquel trasto fuera a dejarlo tirado en el momento más inoportuno.

—Tengo que limpiar este cacharro, de todas maneras.

—Eso siempre te ha relajado —observó Clive.

—Me gusta —admitió Henry—. Pero me he quedado sin kit de limpieza.

—Le has puesto tanto lubricante que ahora hay residuos, con tanto polvo.

—¿Te queda alguno? —preguntó Henry, como si no lo hubiera oído—. Un cepillo al menos. Un trapeador. Si tuvieras un parche, eso sería...

Clive le dio una palmada en la pierna.

—Ya veremos —dijo, incorporándose con precaución, mirando alrededor—. Vamos a buscar un agujero donde meternos para pasar la noche. Esos *Kartoffen* están tan ocupados que podríamos escondernos debajo de sus culos y no lo notarían.

—Estaba pensando cuánto me gustaría meterme en el culo de un *Kartoffen*, precisamente —soltó Henry, ceñudo.

—Vamos —siguió diciendo Clive—. Hay que moverse, de todas maneras. ¡Vamos, Henry! ¡A sobrevivir otro día!

Henry soltó un gruñido quejumbroso.

2

De los antiguos edificios no quedaba demasiado por aquella zona: esqueletos monumentales de tonos ceniza sin fachada que revelaban un laberinto de habitaciones estériles, descoloridas, con algunos muebles rudimentarios asomando o colgando de los suelos destrozados. Muchos de aquellos muebles habían sido utilizados como barricadas

a pie de calle, y alrededor había cadáveres de soldados y cuerpos de civiles masacrados que habían sido sorprendidos por la refriega; todos cubiertos de polvo de escombros.

Clive y Henry se arrastraron casi en cuclillas por allí, aprovechando todo recoveco que pudiera ofrecerles una mínima protección. Tenían que mirar al frente y también hacia arriba, en todas direcciones, por los francotiradores, aunque confiaban en que la mayoría se hubiera desplazado al frente. Sin embargo, más que el miedo que se destilaba de la posibilidad de recibir un impacto en la cabeza en cualquier momento los afectaba el silencio.

No era un silencio completo; había, de hecho, un estruendo diáfano, difuso, que formaba parte de cada instante, en todo momento, y que venía de la contienda que se producía en la distancia, entre las calles, entre las fuerzas estadounidenses y las alemanas. Fuego de artillería, de los cañones de los tanques, de los morteros..., ráfagas de ametralladoras y las pequeñas descargas de los fusiles. El sonido retumbante de alguna granada seguida de la cascada casi musical pero aterradora de los cristales y los escombros precipitándose hacia la calle. Pero aprendías, con el discurso de la guerra, a ignorar esos sonidos, y Clive y Henry no hubieran podido escapar de ese hecho aunque hubieran querido.

Por lo demás, las calles de Aquisgrán se habían constituido en cementerio y mausoleo de horrores que nadie en toda Alemania hubiera imaginado tras las promesas de Adolf Hitler.

Pasaban en aquel momento junto a los restos aún humeantes de un semioruga, un M3 de los muchos que se habían desplegado por la zona. Uno de los suyos. El metal estaba doblado y enrollado como si hubiera habido una explosión interna, y, probablemente, así había sido; había rastros de tonos oscuros esparcidos entre la herrumbre. Sangre, parcialmente cubierta de polvo y ceniza. Y para dar mayor testimonio, un casco abollado tirado en el suelo. El forro interior tenía también el mismo color sanguinolento.

Tanto Clive como Henry ya no prestaban atención a esos detalles. Habían visto suficiente horror. No solo cadáveres, también trozos. Los trozos en especial tendían a volverse oscuros y a despedir un hedor dulzón en muy poco tiempo, y al agusanarse empezaban a sacudirse con ligeros temblores como si estuvieran dotados de vida propia.

La noche caía rápidamente y la posibilidad de encontrar un lugar idóneo disminuía por momentos. ¿Cómo permanecer ocultos en una ciudad donde cada construcción exhibía más agujeros que cualquier queso que hubieran visto nunca?

—Señor, señor —susurró Henry—. Empiezo a preguntarme por qué te hice caso.

Clive no dijo nada. Admitía, en su fuero interno, que la situación no parecía prometedora en absoluto. No tenían visibilidad, no conocían el terreno; podían ir a parar a un pequeño nido de víboras que hubieran dejado en la retaguardia para hacer tareas básicas de vigilancia, o podían acabar siendo el objetivo de algún francotirador apostado en una torre, un tercer piso o un tejado. Y desde luego, quedarse por allí significaba no poder hacer absolutamente ningún ruido, en ningún momento, durante todo el tiempo que estuvieran escondidos en algún rincón.

No eran perspectivas muy halagüeñas.

—Tendremos que empezar a pensar en salir de aquí —dijo Clive.

—Alejarnos de la ciudad.

—Un poco, al menos.

—Es buena idea, ¿no?

—Es buena idea —confirmó Henry.

La tarea de capturar Aquisgrán se encomendó a la Trigésima División de Infantería del XIX Cuerpo del General Corlett y a la Primera División de Infantería del VII Cuerpo de Joseph Collins. El 1 de octubre, sin embargo, más del setenta por ciento de los hombres de la Primera División de Infantería eran tropas nuevas; las dos últimas semanas de septiembre, de hecho, se dedicaron a entrenar a esos hombres en materia de lucha y armamento. Clive y Henry, sin embargo, habían estado allí desde el principio, directos desde las playas de Normandía. Habían tomado parte en bastantes trifulcas y habían visto caer a muchos compañeros, constituidos veteranos a marchas forzadas. Eso les daba cierta seguridad a la hora de tomar decisiones, sobre todo en lo que se refería a mantenerse con vida.

—Vámonos, muchacho —susurró Henry—. Cuanto más nos alejemos de aquí, mejor me sentiré.

Clive soltó un bufido.

La noche ya había caído cuando los dos soldados empezaron a sentirse más o menos a salvo.

Había sido una marcha fatigosa y muy muy lenta. Marcha de serpiente la llamaban, todo el rato agachados, deteniéndose cada cierto tiempo para escuchar, observar, mirar. En silencio. Si encontraban un camino tenían que desviarse o recular para alejarse de él porque los caminos podían traer compañía inesperada con muchísima rapidez, y porque los caminos podían tener encima más de dos ojos atentos. Pero al menos habían dejado atrás el polvo de escombros y podían respirar de nuevo el frescor de la hierba lozana de los campos belgas. A no ser que hubieran andado demasiado en la dirección incorrecta y estuvieran otra vez en Alemania.

Después de un rato, Henry, que iba delante, se paró en seco y levantó el brazo de forma enérgica, con el puño cerrado. Era una señal para detenerse y mantenerse en silencio; era una señal de alerta inminente. Clive se clavó en el sitio, el fusil fuertemente cogido en las manos. Sus manos solían sudar cuando se ponía tenso, así que pasó la palma por el pantalón, pero la humedad nocturna no ayudaba demasiado a la hora de secar nada.

Esperaron un poco mientras Henry movía la cabeza, como si estuviera observando. Finalmente, se echó a un lado y se giró para indicar a Clive que se acercara.

Clive obedeció.

—Mira eso —susurró Henry.

Pero Clive ya lo había visto.

Ahí delante había una estructura de un material que reconocía: era el hormigón fuerte y rudo que usaban los alemanes. Había visto moles como aquella repartidas por toda la playa cuando iniciaron el desembarco y las había visto en muchas otras partes. Construían esas defensas y fortificaciones con una mezcla de concreto reforzado. Esta mezcla de concreto no era diferente a la composición típica que incluía cemento, agua, arena, grava y agregados, pero era robusta por los refuerzos con barras de acero y mallas metálicas que las convertían en titanes contra los ataques y bombardeos.

Y aquella cosa que se desplegaba ahí delante tenía un tamaño considerable.

—¿Qué opinas? —quiso saber Henry.

Clive sacudió la cabeza.

—Menuda fortaleza...

—Bueno. No es precisamente... menuda —bromeó Henry.

Clive sacudió la cabeza.

—Parece uno de esos búnkeres especiales que usan para poner a salvo a ese canalla de Hitler.

—He pensado lo mismo —dijo Henry—. ¿No sería fantástico? Estamos aquí y vemos a Hitler salir de esa cosa. Montando en bicicleta. Nos ocupamos de él y se acaba la guerra.

Clive no lo escuchaba. Era como si fuese capaz de detectar su tono de broma, normalmente espoleado por su nerviosismo, y pudiera aparcar todo lo que salía de su boca.

Estaba mirando el lugar. Era un búnker colosal, eso seguro. Achaparrado pero consistente, como una fortaleza baja. Las grandes puertas de hierro estaban abiertas y su interior era oscuro; imposible ver nada desde su posición, a altas horas de la noche. Lo maravilloso de toda aquella zona era que la contaminación lumínica era prácticamente inexistente, así que cuando los ojos se acostumbraban a la oscuridad, uno podía ver bastante y desde cierta distancia.

Clive vio un montón de cajas contenedores, todas de madera oscura, apiladas en el exterior. Vio un camión sin ruedas y con el capó abierto, y varios focos conectados por cables gruesos que pendían de pequeños soportes metálicos. Había una batería de motos junto a la puerta, y...

Y varios cadáveres. Cadáveres de soldados alemanes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Clive.

—Alguien ha estado dando guerra...

—No es posible —dijo Clive—. Estamos demasiado al oeste, si no me he orientado mal...

—Quizá nos hemos orientado mal. No habrían construido ese monstruo tan al oeste, ¿no crees?

Clive chasqueó la lengua. Su colega tenía razón. Debían haber errado el rumbo con tanto requiebro y se habían internado más en Alemania.

De repente sintió un escalofrío.

—Pues vámonos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Henry de repente—. ¡Espera! Mira ese monstruo. Su tamaño. Eso se ha construido para algo importante.

Mira la malla que tiene por encima. Es la malla que usan para entretrejer ramas y confundir a los bombarderos. Ahí dentro hay algo importante. Un objetivo, Clive. Y escucha... ¡no hay nadie!

—Y tú... ¿tú qué sabes? —quiso saber su compañero.

—¿Acaso estás ciego? ¡No hay nadie, Clive! No hay focos, ni luces, ni soldados, ni centinelas... No se oye nada, no se ve un alma...

—¿Y qué sabes tú de lo que hay dentro?

Henry sonrió.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Clive pestañeó varias veces.

—Oye..., ¿qué?

—Recuento de munición —dijo Henry, enérgico, mientras se palpaba los bolsillos del cinturón y del uniforme.

—¿Qué...?

—Cuatro cargadores fácil —añadió Henry—. Y la cámara llena. Treinta y dos de esas Springfield al menos, deberían darnos para un buen rato.

—Oye —interrumpió Clive—. No vamos a entrar ahí, ¿vale?

—¡Clive! —exclamó Henry—. ¡Escucha! Ahí hay algo gordo. Lo han dejado desprotegido porque están en el frente, donde necesitan todos los hombres que tienen. Es una... ¡es una oportunidad! ¡Toda una oportunidad para un par de tipos como nosotros!

—Es una especie de suicidio programado —susurró Clive, apesadumbrado. A esas alturas de la conversación, aunque fuera de una manera inconsciente, sabía por el tono de voz de su colega que terminarían entrando en el búnker.

—Recabamos inteligencia para los nuestros. ¡Piensa un momento! Mapas. Apuntes estratégicos. Planos con despliegues de tropas. Planes para futuras batallas, posiciones de artillería... Recabamos todo eso y volvemos con los nuestros como héroes. ¿Quién te dice que esa información no podría ser nuestro billete de vuelta a casa?

—Somos soldados, Henry —insistió Clive—. No hacemos ese tipo de cosas.

Henry insertó un cargador con cartuchos y accionó el cerrojo con un movimiento rápido para amartillar el arma automáticamente. El rifle era un prodigio; no necesitaba amartillado manual, y eso era algo que aún maravillaba a Henry.

—Pues yo haré lo que haga falta para volver a casa —exclamó—. Y sabes que tú vendrás conmigo.

Clive sacudió la cabeza con enfado.

—Un día, Henry —soltó—, te vas a encontrar solo en esta guerra.

—Eso será cuando te metan una bala en el cuerpo —respondió él.

Clive chasqueó la lengua y escupió al suelo.

Era su manera de alejar los malos augurios.

4

Caminaron en silencio, al abrigo de la oscuridad de la noche. El suelo estaba lleno de hojarasca, pero había caminos marcados por donde las tropas alemanas habían transitado. Los pequeños detalles como las marcas de las orugas de los blindados no se les pasaban por alto, pero de esas había pocas; lo que más se veían eran registros de las ruedas grandes y pesadas de camiones, lo que podía indicar que, tal vez, habían estado trasladando cosas.

Clive pensaba que, quizá, los alemanes habían rendido ya esa posición y se habían llevado lo que fuera que hubieran guardado allí.

«Obras de arte», pensó en un momento dado. Sabía que los nazis habían estado robando y acumulando obras de arte por toda Europa, seguramente con la intención de enriquecer el patrimonio cultural alemán. Ese saqueo sistemático incluía pinturas, esculturas, reliquias históricas, objetos religiosos y colecciones privadas extraídas de museos, galerías y colecciones privadas. Sin embargo, aquel era un enclave extraño para acumular arte; todo ese material debería estar viajando hacia Berlín, y estaban todavía lejos de la capital del Reich.

Examinaron los cadáveres cuando tuvieron la primera oportunidad. Henry torció el gesto cuando se arrodilló junto al cuerpo caído de un soldado, tendido sobre su torso con los brazos extendidos hacia delante. Miró a Clive después de voltearlo para estudiarlo. Tenía el rostro tranquilo y apacible, como si lo hubieran asesinado sin enterarse.

Clive también lo vio. No había marcas en el cuello, en la cara, ni presentaba heridas en el cuerpo. No había sangre, no había agujeros de bala y el uniforme estaba intacto hasta donde podía verse.

Henry le tomó el pulso; ciertamente parecía un hombre desmayado más que un cadáver, pero estaba muerto.

Arrugó la nariz.

¿Qué había matado a aquellos centinelas, por el amor de Dios?

Algún tipo de gas mortal, tal vez, pensó. No de los suyos, por cierto, porque las únicas variantes de que disponían, como el gas mostaza, dejaba quemaduras en la piel o las volvía rojas y contraídas, y el rostro no presentaría rasgos apacibles sino un rictus de horror producido por la asfixia, ojos y boca abiertos de par en par, etcétera. Pero incluso ese gas estaba sujeto a regulaciones muy severas bajo convenciones internacionales que, hasta donde él sabía, se respetaban escrupulosamente, así que tal vez se trataba de algún tipo de gas nazi. Los nazis hacían cosas horribles, y podía imaginarlos saltándose todas las regulaciones establecidas por el mundo civilizado donde cosas como el honor aún tenían validez.

Torció el gesto, pero Henry ya estaba agitando la mano en señal de avance hacia las puertas, y se pusieron en marcha. Mientras caminaba, aún agazapado y tratando de no hacer ruido, Clive decidió que, para él, estaba bastante claro que allí no había nadie.

Llegaron a las puertas, abiertas de par en par. Ese sencillito hecho era otro elemento extraño en toda la escena: eran puertas de búnker y eran sólidas y extraordinariamente pesadas, construidas con acero y hormigón reforzado para resistir cosas como impactos de proyectiles, explosiones o intentos de asalto. Aquella contaba, además, con un sistema de cierre múltiple, y estaba llena de pernos y cerrojos distribuidos en varios puntos alrededor del marco. Esas puertas no se dejaban completamente abiertas en ninguna circunstancia porque hacían falta varios hombres para volver a cerrarlas y asegurar todos los cerrojos en un tiempo razonablemente corto, y eso... eso parecía confirmar la sensación de que se encontraban en un lugar definitivamente abandonado.

Clive trató de captar la atención de Henry clavando una mirada inquisitiva en él, pero su compañero estaba concentrado en el interior del túnel. Tenía una extraña expresión fascinada. Esa, por cierto, era una de las particularidades de la guerra, una de esas cosas inexplicables que no figuraban en ningún manual ni se te adiestraba en ello durante la instrucción pero que, sin embargo, existían; los

soldados a menudo desarrollaban un sentido de camaradería tan grande que les bastaba con mirar a la nuca de un compañero para que se volviera.

Henry no lo hizo. Se adentró en el túnel observando los cuerpos caídos de los soldados, ninguno de los cuales presentaba heridas visibles. El silencio era espectral, como si estuvieran adentrándose en el interior del apacible mausoleo revestido de mármoles fríos de una antigua familia, y el frío no ayudaba a pensar en otra cosa. Un frío sepulcral, más intenso incluso que en el exterior.

Clive pensó en fantasmas. Tenía sangre inglesa en el cuerpo y estaba inevitablemente preñada de viejas supersticiones europeas que cabalgaban por sus venas.

Se estremeció.

Henry se pegó a él para susurrarle casi al oído.

—Demasiado oscuro —dijo.

Henry tenía razón. La luz del exterior terminaba justamente allí, y en el interior había un abrumador despliegue de Nada. Por cuanto sabía podía haber allí al fondo una ametralladora montada apuntándolos directamente a la cara sin que se hubieran dado cuenta.

Y la oscuridad y los fantasmas no eran una buena comparación.

—¿Arriesgamos con un poco de luz? —preguntó Clive.

—No creo que haya opción —respondió Henry.

Clive asintió. Sacó su linterna, que era parte del equipo estándar, y se alegró de haberla usado solamente una o dos veces durante toda la campaña, porque las pilas que utilizaba tenían una vida muy corta.

Probó a encenderla cubriendo el vidrio de la cabeza con la mano y fue liberando presión para ver cuánto alcanzaban a ver. Le gustó comprobar también que aquellas pilas proporcionaban muy poca energía y que la luz era trémula y apagada. Luego extendió el brazo para alejar la linterna. Era un pequeño truco que había aprendido a las malas, porque el enemigo siempre tendía a disparar a la fuente de luz, y no al lado.

Ahora, en todo caso, veían mejor.

Una entrada diáfana de techos altos, suficiente para dar entrada a un camión grande, como un garaje. En efecto, a un costado, vislumbraron barriles de combustible apilados y más cajas con material, todavía cerradas.

Llegaron al final del túnel de entrada, que se bifurcaba a ambos lados, y decidieron descender por las escaleras de la derecha, pues por allí discurrían unas tuberías sujetas al techo. Las conducciones eléctricas y de agua siempre llevaban a alguna parte. Clive estaba observando que las tuberías estaban instaladas de una manera extraña, como si las hubiera emplazado alguien sin ningún conocimiento de fontanería. Giros zafios. Abolladuras en toda su línea, como si hubieran utilizado un martillo para darles curvatura allí donde había sido necesario. Incluso los cables de luz, gruesos y negros, colgaban de las paredes describiendo arcos irregulares, con clavos toscos sujetándolos de tanto en cuanto. También la construcción era burda y apresurada, paredes toscas de hormigón visto, como si hubieran levantado aquella enorme construcción con verdadera celeridad. El haz de luz arrancaba altos contrastes de los pegotes y salientes en la superficie. Comparativamente, pensó Clive, hasta los búnkeres de la playa de Omaha tenían ciertos acabados refinados.

Sonrió.

Ya no pensaba que allí hubiera gran cosa de valor. Desde luego no salas de mapas llenas de datos importantísimos que condujeran a la victoria. Más bien parecía un almacén, un lugar donde guardar material, listo para ser distribuido donde hiciera falta. Un fortín, tal vez. Uno grande, a juzgar por el tamaño de la fortificación, pero almacén al fin y al cabo. Incluso los fortines podían ser muy útiles si los nazis habían dejado cosas dentro. Cosas como pólvora o munición.

En secreto, rezó por un almacén de alimentos; había pasado un día y medio desde que se llevó algo decente a la boca.

Continuaron descendiendo, todavía sigilosos, y encontraron un par de habitaciones llenas de catres; camas plegables de campaña que consistían en simples marcos de metal con una tela resistente. Sin embargo, había otra cosa...

—Eh... —llamó Henry—. Mira eso.

Clive miró.

Eran los estantes, contruidos con ladrillos sobre las paredes de hormigón. Estaban llenos de cosas, en especial mochilas de campo que debían pertenecer a un buen número de soldados. Clive contó por encima.

—Al menos cincuenta hombres —susurró.

Henry asintió.

—Cincuenta hombres o más. Parece que no se han ido...

—Están... —susurró Clive, mirando alrededor y hacia la puerta—, ¿siguen aquí, en alguna parte?

Henry negó con la cabeza.

—No lo creo, hombretón —dijo despacio, señalando las lámparas frías y muertas que pendían del techo—. A menos que los nazis hayan aprendido a moverse en la oscuridad.

Clive asintió.

La verdad era que, de repente, se sentía algo aliviado.

Quizá, pensó, se habían quedado sin suministro eléctrico. Cosas de la guerra: los tendidos eran uno de los primeros elementos en ser eliminados, sobre todo por parte de los que ejercían el asedio.

Pero eso no explicaba los cadáveres, pensó.

Cadáveres sin heridas.

«Un infarto generalizado —pensó divertido, y luego añadió—: demasiadas patatas.»

—Vamos —dijo Henry—. A ver qué más encontramos.

Localizaron más salas en esa misma planta: una suerte de sala de cocina con un comedor anexo, una oficina con mesas maltrechas y variopintas, seguramente sacadas de la ciudad, sillas de distintos tipos y tamaños, pero ningún material relevante más que ciertos documentos escritos, por supuesto, en un alemán que no podían entender. Había un telégrafo y un par de máquinas de escribir, del tipo campaña, que podían transportarse con ayuda de un asa.

Y tazas de café.

Y más cadáveres.

Jóvenes auxiliares sentados todavía en sus sillas, o caídos en el suelo, con las mangas remangadas a pesar del frío.

Clive se pasó un dedo por la nariz.

—Esto es raro, Henry —susurró, más para sí mismo que para su compañero—. Es muy muy raro.

La rapidez con la que un cadáver comienza a oler mal depende de varios factores, como la temperatura ambiente, la humedad, las condiciones del entorno y el estado del cuerpo en el momento de la muerte, pero, por lo general, el proceso de descomposición comienza poco después de la muerte, y los olores desagradables asociados suelen

desarrollarse dentro de las primeras veinticuatro a setenta y dos horas. En esa etapa se produce la liberación de gases y la descomposición bacteriana que, sin duda, generan olores fuertes y muy desagradables.

Habían encontrado ya demasiados cadáveres.

Cadáveres enterrados en una tumba de hormigón con sistemas de ventilación rudimentarios, tal vez accionados por mecanismos eléctricos que debían estar apagados.

Sin embargo, no olía mal.

—¿A qué te refieres? —preguntó Henry.

—Al olor...

Henry miró los cuerpos, pensativo. Había comprendido a qué se refería su compañero.

—¿Demasiado... recientes? —preguntó.

—Demasiado, ¿no te parece?

—Es... posible —confirmó Henry, mirando alrededor con aire inquisitivo, como si pudiera detectar nubes de gas tóxico prendidas en el ambiente.

—Aquí hace muchísimo frío —observó después—. El calor hace que los cuerpos huelan antes. El frío...

—El calor pudre, el frío conserva —admitió Clive—. Aun así, aquí parece que murieron todos a la vez. Mientras estaban trabajando.

Iluminó una taza llena hasta la mitad de un café negro, denso y oscuro. Prácticamente le faltaba humear.

—Que me aspen —soltó Henry.

—Quizá estamos arriesgando demasiado.

—Ojalá hubiéramos traído las M1.

—Me sentiría más seguro con una M2 al menos.

Henry se ajustó el casco sobre la cabeza, visiblemente preocupado.

—Henry —dijo Clive—. ¿Y si nos vamos? Tal vez estemos arriesgando demasiado. Mira, cinco o diez *Kartoffen* en un pasillo es algo que podemos manejar, ¿vale? Hacemos una Tres Cinco o lanzamos un poco de fuegos artificiales..., lo que sea; es algo que podemos manejar. Son situaciones normales. Cosas que podemos ver con los ojos. Se puede ganar ante eso. Pero ¿gas invisible, *inoloro*, que sale de alguna parte y se te mete dentro sin que te des cuenta?

Henry sacudió la cabeza.

—Inodoro. Gas inodoro —corrigió.

—Lo que sea —dijo Clive con fastidio.

—No hay tal cosa como gas inodoro. La convención de Ginebra... Clive se revolvió con impaciencia.

—Henry —dijo, apretando los dientes—. Estamos en la puñetera Alemania nazi. Usan esas cosas. Gas cianuro de hidrógeno, por ejemplo. No tiene olor. No te jode hasta que es tarde.

—No es eso —dijo Henry—. Tengo una... especial sensibilidad para esas cosas. Me pica la lengua en seguida. ¿Recuerdas a Henderson? Podía oler sus pedos antes de que abandonaran su culo...

—Hen... ¿Henderson? —preguntó Clive, confundido. Tardó unos segundos, pero sí, se acordaba de Henderson. Aquellos días de barracón e instrucción en casa se le antojaron de repente muy muy lejanos, como si hubieran ocurrido en otra vida. Cuando era joven y tenía aún ilusión por ciertas cosas y creía que vendría a Europa, participaría en una batalla épica contra los horrores nazis y luego volvería a casa a tiempo para comer un estofado con pan caliente—. Sí. Maldita sea, Henry. Te estoy hablando de un peligro mortal y me sales con los pedos de Henderson.

Pero Henry ya se dirigía hacia la puerta.

—¿Quieres iluminar aquí, por favor? —pidió con cierto tono burlón—. Quiero ver qué hay abajo.

«En el fondo, —pensó Clive mientras pestañeaba con rapidez— en el fondo es la puñetera curiosidad. Como siempre. Un día moriremos porque Henry querrá saber cómo lavan los calzoncillos nazis en el interior de un cuartel y no parará hasta que lleguemos al fondo del barracón y tengamos la nariz metida en el culo del enemigo.»

«Quiero ver qué hay abajo», había dicho Henry.

«La Muerte», pensó Clive, lúgubre.

Pero iluminó hacia la puerta y no lo dijo.

5

La siguiente sección, en el piso de abajo, se abrió ante ellos tan pronto descendieron por una rudimentaria escalera de caracol construida con metal. La linterna de Clive no contaba con demasiada potencia, así que lo único que alcanzaron a distinguir fue la sensación de

enormidad de la sala: las vigas de acero que cruzaban la sala de lado a lado y los volúmenes en el suelo, unos diez metros más abajo, que se difuminaban en la distancia.

Ninguno de los dos esperaba ver unas instalaciones con ese tamaño en la profundidad de aquel búnker.

—Válgame el cielo —soltó Clive, sobrecogido.

—¡Clive! —decía Henry—. Clive, ¿con qué hemos dado?

Clive no lo sabía.

Una fábrica de guerra, tal vez, a juzgar por las cadenas de hierro y las grúas que pendían de las vigas. O un hangar subterráneo. Debía haber una salida para vehículos en algún lugar, más adelante, de lo contrario era difícil justificar el tamaño desorbitado de aquel lugar. Ese sitio podía albergar aviones, y no solo aviones, sino toda la parafernalia exterior que un avión necesitaba no solo para su reparación, sino para su construcción. Y una cosa era segura: tenían que haber tardado bastante tiempo en construir aquellas instalaciones a tanta profundidad.

—Este sitio te deja sin aliento —exclamó al fin.

Cuando faltaba poco para llegar abajo, siempre descendiendo por la escalera, vieron más cuerpos en el suelo. Solo eran más hombres muertos, y de esos habían visto ya demasiados, pero en aquel lugar resultaban ominosos, como los custodios dormidos de un misterio que parecía garantizar un Gran Peligro.

—¿Dónde estamos? —insistió Henry. Estaba visiblemente impaciente—. Ojalá tuviera todavía la linterna...

—¿Dónde fue a parar tu linterna? —quiso saber Clive mientras miraba alrededor.

—Ese espagueti de Larusso me la pidió y jamás la volví a ver. No sé qué hacen los italianos con las linternas. Se las comen...

Clive enfocaba ahora un grupo de mesas distribuidas en hilera. Abrió mucho los ojos cuando vio lo que habían dispuesto encima.

—¿Eso son...? —preguntó.

Henry asintió con gravedad.

—Gramófonos —dijo—. Pero ¿cuántos gramófonos necesita esta gente para montar una fiesta?

Había un buen montón de ellos, todos diferentes. Clive reconoció en seguida un HMV, His Master's Voice, con su icónico logotipo de un perro escuchando un fonógrafo. Había también varios Columbia

e incluso unos Victrola con aspecto vetusto y otros que no reconocía más que por la reconocible forma de la trompeta y el plato giratorio.

Cada uno tenía un pequeño cartel con un número. Clive contó la hilera y, hasta donde pudo ver, la cifra llegaba hasta el diecisiete.

—¿De qué... de qué va esto? —quiso saber.

—¿Piezas de colección? ¿Arte robado, saqueado?

Clive sacudió la cabeza.

—Son... son gramófonos comunes —explicó—. Mi madre tiene uno como ese.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

Clive iluminó bajo la mesa. Había varias cajas llenas de vinilos formando hileras.

—Que me aspen —volvió a decir Henry.

Clive se acuclilló y repasó los volúmenes con el dedo.

Había grabaciones de himnos, canciones patrióticas alemanas, marchas militares del tipo que promovían el nacionalismo y el espíritu de guerra, y también canciones folclóricas tradicionales. Levantó uno en el aire.

—Wagner —dijo.

—Ahí veo a Mozart. Y Beethoven.

—No me fastidies —soltó Henry mirando la caja de al lado. Extrajo un vinilo y levantó las cejas—. Bing Crosby. El puñetero Bing Crosby aquí en la Alemania nazi.

Clive asintió.

Ahí estaban también Duke Ellington, Benny Goodman... y el popular *In the Mood* justo al lado de Chattanooga Choo Choo, y muchos más, discos bailables de grandes bandas, música popular, música romántica... Un repertorio completo.

—¿Hemos dado con el comité de fiestas del Führer? —preguntó Henry divertido.

—¿En... este sitio? —preguntó Clive, iluminando el techo.

Pero en ese momento vieron algo más.

Allí, suspendida del techo, había una esfera de un tamaño gigantesco, titánico, de un tono negro mate que no reflejaba la luz de la linterna.

—Válgame el cielo —escupió Henry.

Clive no dijo nada. Estaba perplejo, y bastante desorientado.

—Ese es un adorno festivo como no he visto en mi vida.

Clive calculó que debía medir unos diez metros de lado a lado. Una esfera colosal, con ásperas rugosidades recorriendo su superficie.

—No es un adorno... —susurró.

—Eso ya lo veo, hombre —dijo Henry—. Pero por todos los santos, Clive..., ¿qué... qué es? ¿Una mina? ¿Minas submarinas para barcos?

—No sé mucho de eso, Henry —dijo Clive en voz baja—. Pero diría que hasta las minas más grandes, las de varias toneladas, deben tener un diámetro de un metro y medio quizá. Sí, una longitud de varios metros...

—Bueno —dijo Henry—. Sabemos que los *Kartoffen* son megalómanos. Esos cañones que montan en trenes... Quizá estaban construyendo aquí la madre de todas las minas.

Clive tuvo que aceptar la propuesta de Henry. No se le ocurría qué otra cosa podía ser. Pero las minas que había visto no se parecían en nada a aquella cosa; ¿dónde estaban las espoletas que propiciaban la detonación?

«En la parte superior», pensó.

Clive empezó a caminar alrededor de la esfera. Estaba suspendida a tanta altura que podía pasar directamente por debajo con holgura. Por qué estaba colgada del techo era toda una pregunta, desde luego..., al fin y al cabo, ¿cuánto debía pasar algo de ese tamaño? El exterior parecía metálico, aunque no lo tenía demasiado claro por el aspecto extraño que presentaba la superficie. ¿Algún tipo de aluminio, quizá? ¿Podía ser caucho, como el que se usaba para los neumáticos y algunas partes del sistema de suspensión? Porque si se trataba de acero..., si se trataba de acero, mucho quería ver qué tipo de cadenas mantenían el artefacto colgado del techo.

Sin embargo, cuando pasó por debajo se sacudió con una suerte de escalofrío y retrocedió con rapidez.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Henry.

Clive le dirigió una mirada sorprendida.

—Jesús —soltó.

Se remangó el uniforme en el brazo y lo iluminó con la linterna. Henry vio que todos sus vellos estaban erizados y se mantenían rígidos, gruesos y negros como las cerdas de un cochino de granja.

—Por todos los cielos, hombretón —susurró Henry—. ¿Estás asustado?

—Estoy asustado como un niño pequeño en casa de la peor abuela del mundo —admitió Clive—. Pero no es eso, retrasado. ¡Ponte debajo de esa cosa!

—¿Qué...?

—¡Pasa por debajo de esa cosa!

—¿Qué? No pienso...

Clive bufó con vehemencia, lo tomó del brazo y lo condujo hasta la esfera. Tan pronto pasó por debajo, Henry dio un respingo y aceleró para llegar al otro lado.

—¡Por mis muelas! —soltó—. ¡Qué latigazo!

Empezó a sacudir los brazos y luego se quitó el casco. Tenía el pelo corto y rubio completamente erizado.

Clive miró hacia arriba.

Era pura estática, como la que provoca la fricción. Un clásico juego de niños que terminaba con sus cabellos apuntando a todas direcciones, pero a un nivel tan alto que casi se sentía como una corriente eléctrica.

—¿Qué demonios? —preguntó Harry—. Oye..., ¿no será una especie de bomba gigante?

Clive entrecerró los ojos. Había oído los rumores, por supuesto. Se decía que su Gobierno había comenzado una iniciativa de desarrollo encaminada a la producción de una bomba gigante, un proyecto de tecnología increíble que podría estar culminado en unos cuantos años. Siempre había tratado de imaginar eso: una bomba gigantesca, y ahora se preguntaba si no estaría delante de un invento similar, salida de las mentes científicas alemanas.

Pero tuvo que aceptar que no era el caso.

No en aquel lugar, tan cerca de la frontera, y desde luego no abandonada sin nadie que la... «Vigilara», iba a decir. Pero no estaba vigilada. No había nadie por allí. Los que estaban por allí estaban muertos.

Muertos recientes.

Muerte inadvertida.

Se rascó la cabeza y estaba a punto de exponer sus reflexiones cuando Henry se le adelantó.

—Clive. ¡Clive! —dijo—. ¿Se puede matar gente con electricidad? Electricidad a distancia..., como cuando frota algo con otra cosa mucho tiempo a gran velocidad.

—No lo sé —admitió Clive.

—¿Crees que estaban fabricando un... arma nueva? —insistió Henry, prácticamente dando botes sobre un mismo sitio.

—Henry... Ponte el casco —dijo.

Había visto caer a demasiados compañeros por una estupidez como aquella.

Henry obedeció, pero miraba fascinado la esfera negra, como si estuviera viendo al mismísimo Papá Noel descender en su trineo cargado de botellas de whisky.

Clive iluminó los alrededores.

Había muchos más megáfonos dispuestos alrededor y pequeñas instalaciones de servicio con focos, ahora apagados, que debieron estar apuntando a la esfera. Y vio otros aparatos que no pudo identificar. «Parafernalia científica», como la llamaba su hermano, que por cierto debía andar también por alguna parte de Europa dando guerra. Y vio una estructura grande con un par de pizarras grandes, como las que usaban en los colegios, con dibujos y fórmulas matemáticas. En un lado había unos pentagramas musicales con lo que parecía ser algún tipo de notación musical. Clive no era un entendido en música, pero si se trataba de una canción anotada, resultaba verdaderamente caótica y apretada, con flechas y números.

Al fondo vio unas escaleras de mano que ascendía hacia unas pasarelas que recorrían toda la pared.

—¡Eh, Henry! —dijo Clive—. ¡Aquí, mira!

Señaló las escaleras.

—Ven... Vamos a echar un vistazo desde un poco más arriba. Quiero ver esa cosa al completo.

—Sí, señor —exclamó Henry.

Mas cuando subieron y luego volvieron a subir hasta un segundo nivel y aún más arriba, hasta un tercero, dirigieron el haz de luz hacia la esfera y se quedaron...

Se quedaron inmovilizados.

Perplejos.

—Clive... —dijo Henry.

Clive no respondió.

Henry pestañeó varias veces, pero por mucho que abría y cerraba los ojos, seguía viendo lo mismo.

—Clive..., ¿por dónde está sujeta... esa cosa?

Clive negó con la cabeza.

No lo estaba. El haz iluminó la parte superior, tan redonda y exenta de detalles como la parte de abajo. No había anclajes, ni cuerdas, ni enganches, ni espoletas... No había nada de nada, en absoluto, en ninguna parte.

—Tiene que estar anclada por el otro lado.

—¿El otro lado? —preguntó Henry, con la mirada fija en la espera, como hipnotizado.

—¡Hay andamios también al otro lado! —dijo Clive—. ¡Vamos!

Volvieron a bajar y cruzaron la sala hasta llegar al otro lado, y allí, tal y como había dicho Clive, había más andamios. En realidad no había visto nada por ese otro lado, pero con el tiempo había llegado a comprender cómo funcionaba la mente alemana. Si había andamios por un lado, en un objeto tan evidentemente simétrico como aquel, debía haber andamiaje en el otro. Matemático. Eficiente. Infalible.

Mientras subían, Clive estaba bastante seguro de lo que iban a ver.

—Nada —exclamó Henry, fascinado.

Nada. Ningún asa, cuerda, cadena o estructura.

La esfera estaba flotando en mitad del hangar.

Flotando en el aire.

Clive no respondió tampoco esta vez.

—Por todos los cielos, Clive —añadió Henry—. ¿Qué narices se traían entre manos los *Kartoffen*?

—No lo sé... —respondió, ceñudo.

Se sentía inquieto. Preocupado. Alerta. Había nacido en Inglaterra y se había criado en América durante los años veinte y treinta. Sus padres se habían aficionado a una nueva tendencia musical, el jazz, que emanaba optimismo y libertad, y él bailaba con su madre en el salón de su casa mientras su padre trabajaba fuera durante todo el día. Aunque vivió la Gran Depresión, leía libros, escuchaba la radio, participaba en eventos comunitarios y en eventos familiares, porque no había familias más unidas que las de aquellos años, y jugaba con juguetes caseros. Y en toda aquella

armonía y tranquilidad, no hubo ni una sola cosa que fuera insólita o se saliera de la línea imaginaria de la normalidad. Por eso miraba la esfera con aversión. Era una...

Era una anomalía.

Lo era.

Era una esfera que debía pesar...

De repente pestañeó varias veces.

—Pues claro —dijo al fin, esbozando una sonrisa—. Somos idiotas, Henry... ¡Eres el soldado más idiota de Ohio, y yo tu segundo de abordó!

—Espera —protestó Henry—. ¿De qué boñigas de caballo hablas?

Clive soltó una carcajada. El eco de su voz retumbó por todo el hangar, levantando ecos cavernosos, y se contuvo poniendo la mano sobre su boca, sin poder contenerse.

—¿Quieres explicarme? —interrogó Henry.

—¡Es un globo! —dijo Clive—. ¡Un globo que intenta aparentar ser otra cosa!

—¿Qué...?

—¡Un globo! Recuerda la instrucción cuando nos enseñaban fotos tomadas desde un avión. Nos dijeron que muchos de los recursos que se veían desde el aire eran triquiñuelas, artificios contruidos por los nazis hechos de cartón y otros materiales baratos para aparentar que disponían de más efectivos de los que tenían.

—Clive... —dijo Henry, sacudiendo la cabeza, el ceño fruncido.

—¡Es un globo! ¡Por eso flota! ¡Un resistente y colosal globo lleno con algún tipo de helio o aire caliente, cuidadosamente equilibrado para que se quede ahí en medio! ¡Una mano de pintura, brea quizá, algo alquitranado, y tenemos el efecto óptico perfecto!

—Clive, eso no es...

—Una fiesta —siguió diciendo Clive, alegre y entusiasmado, como si encontrar una justificación razonable para lo que veía, un desafío para la razón y la lógica, fuese motivo de celebración—. Eso es. Por eso los gramófonos. Debían estar preparando algún tipo de festival. Quizá se anticipaban al éxito hasta que les dimos caña y abandonaron este sitio... —y añadió riendo—, ¡se acabó la fiesta!

—Clive —dijo Henry en voz baja y despacio—. Eso no es un globo. Te juro que...

Clive sonreía y asentía, los ojos fijos en la esfera. Henry ni siquiera estaba seguro de que estuviera escuchándole.

Por fin, sacó su pistola reglamentaria del cinturón, extendió el brazo, apuntó a la esfera y disparó; tan seguro estaba de que se encontraban solos en aquellas instalaciones.

El disparo produjo un pequeño trueno en la cámara, seguido de un eco retumbante que, sin embargo, se extinguió rápidamente. Sin embargo, la esfera no se inmutó. No explotó. No se resquebrajó ni se movió lo más mínimo.

No pasó nada.

Clive mudó la expresión del rostro. Su lengua asomaba por entre sus labios, furtiva, porque de repente tenía la boca seca. Era, más bien, un desierto atroz, y al pasarla por los dientes o el paladar se quedaba pegada y raspaba.

Ni siquiera se enfadó por lo imprudente de su acción. Habían revelado su posición, y por lo que sabían, aquella cosa podía ser, efectivamente, una bomba. ¿Qué tipo de retrasado disparaba a algo que podía ser, potencialmente, una bomba del tamaño de una colina?

—¿Por qué... flota? —preguntó Clive.

—Qué carajos sabemos —dijo Henry, resignado—. Es un invento alemán. Un invento del demonio. Como las novelitas de ciencia ficción. Algún tipo de... antigravedad. ¿Has leído los cómics de Flash Gordon? Algo así. Imagina lo que podrían hacer con esto. Planchas de acero reforzado que flotan de manera descabellada por encima de nuestras ciudades, por encima de las cabezas de la gente, Clive. Comandos especiales volando, provistos de ametralladoras. Solo tendrían que dejar de asomarse por el borde para alejarse de los disparos que les lanzaríamos desde abajo. Hasta podrían... hasta podrían lanzar granadas de mano sin que pudiéramos hacer nada.

Clive, pensativo, sacudió la cabeza.

—No... Algo no me cuadra —dijo despacio.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

Clive extendió el brazo y señaló con el dedo índice.

—Lo tenemos ahí delante —dijo—. Pero... no lo hemos visto hasta ahora. En ninguna parte.

—Quizá estaban desarrollándolo todavía.

—Aquí. En la frontera —dijo Clive.

—¿Qué pasa con la frontera?

—Un invento como este estaría mucho más cerca de su lugar más protegido —explicó Clive—. Berlín. Algún lugar así. Y con mucha más vigilancia.

—Quizá solo es una unidad que trajeron y que estaban preparando...

—Si ese fuera el caso —susurró Clive, pensando en voz alta—. Si ese fuera el caso...

Chasqueó la lengua y corrió hacia la escalera de mano.

—¡Clive! —llamó Henry.

Pero Clive ya descendía a toda velocidad por la escalera. La última vez que Henry le vio moverse tan rápido, Clive escapaba de un edificio derruido donde unos alemanes habían arrojado una granada. Henry estuvo riendo durante veinte minutos sin parar; decía que había corrido «como alma que lleva el diablo».

Le siguió por el hangar hasta el extremo del final. Clive iluminaba las paredes, que él recorría con movimientos rápidos, como si diera latigazos de luz a las paredes. Pero después de solo unos instantes, Henry terminó por comprender.

Clive estaba buscando las puertas. Las enormes y desmesuradas puertas que debían poder abrirse para dar entrada, y salida, a una esfera de aquel tamaño.

No había ninguna, como Clive había supuesto.

Se volvió a su colega con la respiración agitada y cierta desesperación en el rostro.

—¿Trajeron la unidad, Henry? —preguntó con un graznido—. ¿Por dónde la metieron? Y dime otra cosa, ¿por dónde pensaban sacarla?

—No lo sé, Clive —susurró Henry—. Eso no...

—¿Eso no qué?

—Vale —pidió Henry con suavidad—. Tranquilo, hombre. Quizá tenían planeado echar abajo el muro para sacarlo de aquí.

—Quizá no estaban pensando sacarlo por ningún lado —exclamó Clive con cierto tono burlón—. Porque quizá sí que es una bomba. ¿Qué te parece?

—Una bomba... flotante...

—Una bomba flotante. Exacto. Eso es. Quizá tiene un sistema de detonación programada en su interior, ¿no? ¿Qué te parece? —

preguntó, todavía alterado—. Quizá, una vez construida, no te deja posibilidad de escapar a ninguna parte, ni siquiera en avión, porque la devastación que deja es —hizo un gesto vago con los brazos— ¡espectacular!

Henry asintió despacio, súbitamente asustado.

—¡Una sorpresa para cuando llegáramos aquí! ¡Boom!

—Pero los soldados muertos...

—¡Exacto! ¡Esto lo explica! ¡Un buen doctor nazi administró un veneno en el agua, por la mañana, o con el pan negro asqueroso que comen, que les produjo un ataque de corazón! Porque no podían escapar de todas maneras. ¿Qué te parece? ¡Los nazis saben de esas cosas!

—Inglés como... como Watson Holmes.

—Sherlock Holmes —corrigió Clive. Y después de decir eso se movió de un lado a otro, como si se sintiera mareado, y se dejó caer en el suelo y empezó a llorar.

La linterna rodó por el suelo e iluminó su cuerpo contraído.

Henry se sintió torpe y confuso.

Había visto otros hombres derrumbarse, pero nunca había sabido cómo actuar.

—Vamos... —exclamó en voz baja—. Es solo una... conjetura. No tenemos ni idea de qué es ni qué va a pasar.

—Está flotando —sollozó Clive—. Flota en el aire, Henry, maldita sea.

—Flota. ¿Eso es lo que te... tiene tan destrozado?

Lo era, en cierta medida. Otra medida era la incertidumbre. Habían oído rumores sobre nuevos avances tecnológicos que los alemanes podían sacarse de la manga en cualquier momento. La guerra, sobre todo en el escenario europeo, era cuestión de combates encarnizados por las calles de las poblaciones diezmadas, pero también de avances. Una pequeña ventaja hábilmente distribuida en cualquier aspecto del combate podía desequilibrar la balanza en favor del régimen nazi, y todos sabían lo que eso podía significar. La Alemania nazi no era un enemigo cualquiera; la Alemania nazi era la puñetera encarnación del mal, un régimen dictatorial fascista que garantizaba el fin de la vida tal y como la conocían.

Su victoria era el horror.

Y eso... eso sí que le daba miedo.

—A lo mejor solo es una especie de contenedor de gas mortal — dijo Henry—. No una explosión cataclísmica. A lo mejor pensaban soltarlo si conseguíamos llegar hasta estas latitudes para que fuera extendiéndose desde aquí. Quizá hubo un escape en algún momento, mientras lo preparaban, y...

Clive negó con la cabeza.

Había otra cosa.

Una tercera medida en la fórmula del terror y la desesperación que sentía.

Una sensación. Una intuición. Y en el contexto de la guerra, el combate y la supervivencia, los hombres desarrollaban una intuición que no debía desdeñarse en absoluto.

Una sensación poderosa.

La de que aquella cosa, fuese lo que fuese, no había entrado, ni había sido construida en aquel lugar, a juzgar por la ausencia de maquinaria de metalurgia, hornos y otro tipo de máquinas y aparatos necesarios para forjar algo tan titánico como aquello.

La habían encontrado. Tal vez en el cráter dejado por una bomba o al excavar una trinchera, o al intentar emplazar un cañón antiaéreo de gran calibre: uno de aquellos monstruos de los que había hablado Henry hacía un rato.

La habían encontrado allí, enterrada o parcialmente enterrada, y habían construido un búnker alrededor para estudiarla con tranquilidad, hasta que llegó la guerra.

O hasta que ocurrió algo... algo inexplicable, que acabó con todos en el acto.

Y aún había una cuarta medida, que bullía en su mente como si intentara escapar, rebotando por las paredes de su cerebro.

Una palabra.

Una palabra que había visto de manera inconsciente, tal vez, escrita en la pizarra donde había registrado las partituras musicales y todas las fórmulas matemáticas.

La palabra, garabateada a mano en la parte superior, y encerrada en un círculo rápido y torpe. La palabra que solo Dios sabía por qué se acordaba de ella.

La palabra.

Außerirdische.

Clive no tenía ni idea de alemán, pero de haber sabido lo que significa, se hubiera deslizado abruptamente por un túnel que conducía, de manera inequívoca, hacia la locura.

Significaba *extraterrestre*.

—Vamos, Clive —dijo Henry, extendiéndole la mano—. Levántate del suelo. No soporto verte así, hombre. Aún nos queda guerra que dar, y no quiero ir por ahí con una niña pequeña, bobalicona y llorosa, cubriéndome las espaldas. Vámonos. Encontraremos a los nuestros, informaremos al mando y... Y eso será todo.

—Eso será todo —repitió Clive mientras se pasaba el antebrazo por la cara para retirar las lágrimas.

De repente, se sentía torpe y algo avergonzado. Ni siquiera alcanzaba a comprender qué le había pasado. Henry se había tomado el descubrimiento como algo alucinante y estaba seguro de que, de haber hecho ese descubrimiento estando con el pelotón, habría habido risas y bromas, y un par de buenos comentarios ingeniosos o tres.

Cosas de la intuición, tal vez.

Miedo a lo desconocido.

Por unos momentos, hasta le dio risa. Miró a Henry como disculpándose y él le devolvió un gesto vago pero sincero, una señal de amistad, en un mundo en guerra que agonizaba y cuyo eje central, por espacio de unos minutos, había sido una esfera que flotaba en medio de un hangar.

Pero mientras se incorporaba, la palabra seguía esparciendo ecos por los vericuetos de su mente, diáfana, abisal, cósmica.

Extraterrestre.